

tro Señor Jesucristo para la salvación del género humano, son diariamente atacadas y puestas en peligro.

En esta lucha, los enemigos de la fe emplean astucias diversas, innumerables armas; pero, entre ellas, una de las más peligrosas es la intemperancia en escribir á que hoy, desgraciadamente, se agrega la difusión de los malos escritos entre la muchedumbre. Nada, en efecto, puede imaginarse más funesto, más propio para corromper las almas por el desprecio de la Religión y por la exhibición de los numerosos y engañosos atractivos del pecado.

Así, temiendo un mal tan grande, y cumpliendo con su deber de custodia y protectora de la fe y costumbres, la Iglesia ha comprendido muy bien que era preciso oponer remedios á esa plaga, y siempre, en cuanto pudo, se aplicó á alejar de la lectura de malos libros á los hombres, como de un terrible veneno. Los primeros tiempos del Cristianismo fueron testigos del celo que en ello desplegó el Bienaventurado Pablo, y los siguientes siglos pudieron conocer la vigilancia de los Padres, las decisiones de los Obispos y los decretos de los Concilios, que tendían al mismo objeto.

Pero sobre todo, numerosos documentos escritos prueban el cuidado y ardor que desplegaron los Romanos Pontífices para que no se propagasen, con gran perjuicio del público, las obras de los herejes. Llena de ejemplos de tal vigilancia está la historia antigua de la Iglesia. Anastasio I condenó por un riguroso edicto los perniciosos libros de Orígenes; Inocencio I los de Pelagio; y León el Grande todos los de los maniqueos. Son también conocidas las cartas *decretales* que publicó Gelasio oportunamente acerca de los libros que era preciso recibir ó no recibir. También así en el curso de los siglos se fulminaron sentencias de la Sede Apostólica en contra de los funestos libros de los monothelitas, Abelardo, Marsilio de Padua, Wicleff y Juan Hus.

En el XV siglo, después de la invención de la imprenta, no sólo hubo que ocuparse en los malos escritos ya aparecidos, sino también tomar medidas para que ninguno de esta clase se publicara después, previsión entonces por importantes motivos necesaria y única para proteger la honestidad pública y asegurar la salvación de la sociedad.

En efecto, un arte en sí mismo excelente, fecundo en grandes ventajas, propio para extender el cristianismo entre las naciones, pronto se convirtió en poderoso instrumento de destrucción por gran número de hombres. Los funestos efectos de los malos libros se agravaban y precipitaban con la rapidez de su propagación. Con mucha pruden-